

EL HABLA COMO DISTINCIÓN SOCIAL

Representaciones en la oralidad popular, aristocrática y política

Inés González

Carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

inesgonzaleztejeda@gmail.com - <https://orcid.org/0009-0009-7386-1366>

Recibido: 15 de diciembre 2025

Aceptado: 2 de mayo de 2026

Identificadores permanentes

ARK: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18535925/jkkt3kzwr>

DOI: <https://doi.org/10.62174/avatares.2025.10741>

|1|

Resumen

Este artículo explora el habla y la oralidad como marcas de distinción social. Analiza cómo el uso del lenguaje crea “fronteras mágicas” entre distintos grupos sociales. La investigación se centra en tres esferas: la oralidad popular, la aristocrática y la política en Argentina. El habla en la cultura popular, caracterizada por un lenguaje familiar y coloquial, a menudo es estigmatizada y relegada a la esfera privada. En la interacción con otros grupos, los hablantes de las clases populares se ven obligados a adoptar estrategias de adaptación, como el silencio o la autocorrección, para acceder a determinados campos sociales. Esto se contrapone al habla de las clases altas, que usan un lenguaje formal y cuidado como una herramienta de distinción y poder. El Estado, a través de instituciones como la escuela, desempeña un papel crucial en la imposición de una lengua oficial que refuerza estas jerarquías, purificando y homogeneizando el lenguaje en un intento de crear un “ciudadano neutro”. La investigación también analiza el fenómeno de la oralidad política con la llegada de La Libertad Avanza al poder en 2023. Por primera vez, se ha institucionalizado un lenguaje soez y violento en la figura del presidente Javier Milei. La utilización del insulto como un signo de autenticidad y una estrategia para distanciarse de la “casta” política tradicional. Lejos de ser una recuperación de la cultura popular, este lenguaje, así como el componente sexual de los insultos, funciona como una herramienta de dominación que denosta identidades y refuerza viejas estructuras de poder.

Palabras clave: oralidad; habla; lenguaje; discurso político; comunicación; cultura

SPEECH AS SOCIAL DISTINCTION

Representations in popular, aristocratic and political orality

Abstract

This article explores speech and orality as markers of social distinction. It analyzes how language use creates “magic boundaries” between different social groups. The research focuses on three spheres: popular, aristocratic, and political orality in Argentina. Speech in popular culture, characterized by familiar and colloquial language, is often stigmatized and relegated to the private sphere. In interaction with other groups, speakers from the working classes are forced to adopt adaptive strategies, such as silence or self-correction, to access certain social fields. This contrasts with the speech of the upper classes, who use formal and careful language as a tool of distinction and power. The state, through institutions such as schools, plays a crucial role in imposing an official language that reinforces these hierarchies, purifying and homogenizing language in an attempt to create a “neutral citizen”. The research also analyzes the phenomenon of political orality with the rise to power of La Libertad Avanza in 2023. For the first time, foul and violent language has been institutionalized in the figure of President Javier Milei. The use of insults as a sign of authenticity and a strategy to distance himself from the traditional political “caste”. Far from being a revival of popular culture, this language, as well as the sexual component of insults, functions as a tool of domination that denigrates identities and reinforces old power structures.

|2|

Keywords: orality, speech, language, political discourse, communication, culture

Introducción

En la interacción entre diferentes grupos sociales se construyen “fronteras mágicas” (Bourdieu, 2008) que operan entre quienes se apropian, en la práctica, de la lengua oficial. La apropiación que realiza cada grupo y el estilo que adoptan al hablar, pone de manifiesto las relaciones de poder entre quienes llevan a cabo el uso legítimo de la lengua y quienes no. El dominio del lenguaje oficial deja del otro lado de estas fronteras mágicas a la oralidad, al habla y la identidad de regionalismos, comunidades o clases populares. Los modos de decir, la soltura, la timidez, la pertenencia de clase, llevan a los dominados a realizar estrategias de adaptación y autocorrección: condenados al silencio, a la incomodidad, a la vergüenza, a mantener la voz baja, a mirar hacia abajo, responder con monosílabos, asentir o negar con la cabeza, caminar con los hombros apuntando al suelo, pasar desapercibidos, volverse invisibles.

El mundo de la escritura recorta campos y sus límites configuran fronteras que permiten separar un adentro y un afuera. Del otro lado de esa frontera, de la escritura o de la lengua legítima, aparece lo que se deja de nombrar y se levanta una dimensión amenazante, “la otredad” que se construye en base a la degradación: “en el borde de la escritura legal se acumula una otredad indeterminada, extraña especie de ‘deformidad’, (...) se vuelve un muro de contención frente a la amenaza del ‘afuera’. (...) lo ‘otro’ se vuelve vulgar, grosero, enfermo, salvaje, sucio” (González Stephan, 2006: 38-39).

Existe un habitus primario, anterior al habitus social (Bourdieu, 2008), el habitus familiar. Existen allí múltiples códigos que están relacionados al habla y a la oralidad, al silencio, a los tonos y a la interacción corporal. Las groserías y obscenidades, como una clase verbal especial del lenguaje familiar, representan ese lugar donde se acumularon las expresiones verbales prohibidas y eliminadas de la comunicación oficial pero en un sentido positivo como cuerpo popular colectivo, festivo, alegre, como repositorio de la memoria familiar, de su identidad (Bajtin, 1987). La exageración, las muchedumbres, el alcohol, los banquetes, el componente sexual de los chistes, lo risueño frente a lo serio de las culturas altas. El ruido, las carcajadas, los gritos frente al silencio. Palabras inventadas, nuevas, incorrectas, con significado propio, inentendible por fuera de sus bordes. Las estrategias de adaptación y diferenciación por fuera de sus fronteras frente al mundo “civilizado” (Bourdieu, 2008).

Del otro lado de la frontera, la cultura “alta”, la de la alta sociedad aristocrática, la del buen decir, la de las formas y protocolos en la mesa. Esa clase que utiliza las palabras y los modos de decir como diferenciadores, como distinción, como marca de un mundo civilizado, educado y elitista. La que aprieta los dientes para que las palabras no se escuchen fuerte. La que se reúne a tomar el té. La que no usa malas palabras y conversa sin gritos ni estridencias. La que cuida su apariencia formal en público, con los modales, el modo de vestir y las buenas costumbres. Grupos exclusivos, cerrados, excluyentes. Legitimados socialmente por la pertenencia de clase, por sus apellidos dobles, su linaje y sus vínculos familiares. Poseedoras de grandes fortunas y acceso a lugares de poder.

El Estado, en esa interacción, juega un rol preponderante. Impone una lengua oficial, legítima, a través de sanciones y censuras. Es quien define lo que se aprende en la escuela, lo que está bien dicho o escrito. Es quien vela por esa frontera y quien construye identidad a través del lenguaje. El 10 de diciembre de 2023 llegó al gobierno La Libertad Avanza, un movimiento que embandera las ideas de la libertad y del libre mercado.

Por primera vez en la historia el Presidente de la Nación, Javier Milei, se dirige a los propios y a sus oponentes con aquellas palabras que conocíamos del ámbito familiar, con lenguaje soez, grosero, sin cuidar las formas, a los gritos, con componentes sexuales y violentos en sus discursos que hasta ahora se mantenían del otro lado de la frontera. Este fenómeno inaugura una era en la que el insulto es un hábito, un signo de autenticidad y distinción respecto a la clase política tradicional, una táctica política, un nuevo tipo de representación que imita al lenguaje de las redes sociales y que muestra una falta de asimetría entre el presidente y los ciudadanos.

El estigma del habla

No existen las palabras neutras o inocentes. La lengua oficial, a pesar de ser considerada un medio común de comunicación para todos los seres humanos, en realidad adquiere su sentido puesta a funcionar en una situación particular de intercambio social entre grupos diferentes, por ejemplo, en la interacción entre dos clases sociales antagónicas. Es en esa interacción donde el habla, como apropiación particular del lenguaje que hacen los miembros de un determinado grupo social, hace presente la estructura social en toda su dimensión. La situación de interacción pone de manifiesto una relación de poder en la

que se ponen en juego el conocimiento de la lengua oficial por un lado, y por el otro, el habla, el *habitus* (Bourdieu, 2008) de cada grupo. Allí operan sanciones y censuras impuestas por la legitimidad que otorga la lengua oficial frente a la manifestación de regionalismos y de modos del habla de grupos sociales en condición de sometimiento, de degradación, de dominación.

La palabra atraviesa todas las interacciones que se llevan a cabo en una sociedad y es un indicador de las transformaciones sociales. El uso de la palabra, el acto del habla pone en funcionamiento los innumerables hilos ideológicos (Voloshinov, 2009) que traspasan todas las zonas de la comunicación social. La ideología se manifiesta en la palabra y refracta los intereses sociales de distintas orientaciones. Este carácter multiacentuado del signo pone de manifiesto la lucha de clases. Las distintas clases sociales usan una misma lengua; como consecuencia, en cada signo ideológico se cruzan los acentos de orientaciones diversas. El signo llega a ser la arena de la lucha de clases. Este carácter multiacentuado del signo ideológico es su aspecto más importante (Voloshinov, 2009). La clase dominante busca adjudicar al signo ideológico un carácter eterno por encima de las clases sociales, pretende apagar y reducir al interior la lucha de valoraciones sociales que se verifica en él, trata de convertirlo en signo mono acentual.

|4|

En el habla aparece el estilo, un modo de decir que lo hace diferente, una *marca* con ciertos rasgos característicos que solo son reconocibles entre pares, tanto en quienes los producen como en quienes los reciben. La posibilidad de acceder a un estilo u otro depende de las condiciones sociales y materiales de existencia porque hablar es, además, apropiarse de un estilo particular. Esas *marcas* están cargadas de connotaciones sociales, de estigmas. La sociedad establece los medios para categorizar a las personas y el complemento de atributos que se perciben como corrientes y naturales en los miembros de cada una de esas categorías. Cuando interactuamos con un desconocido ponemos en práctica anticipaciones, supuestos, expectativas construidas previamente para analizar en cuál de estas categorías se encuentra y cuál es su identidad social, *una identidad social virtual* (en esencia) que luego, de acuerdo a la categoría y atributos que efectivamente le pertenecen, será una *identidad social real* (Goffman, 2006).

Los regionalismos o el modo de hablar de las clases populares comienzan a ser distinguidos peyorativamente, devaluados, en oposición al uso letrado, legítimo o culto de la lengua. Son marcas asociadas a las diferencias sociales. Estos atributos constituyen un estigma y se utilizan con un profundo sentido desacreditador. Un atributo de esa naturaleza es un estigma, en especial cuando él produce en los demás, a modo de efecto, un descrédito amplio. El término estigma será utilizado, pues, para hacer referencia a un atributo profundamente desacreditador (Goffman, 2006). Portar un estigma en el habla implica operaciones de descrédito, de discriminación, la puesta en funcionamiento de una ideología que da cuenta de la inferioridad de ese otro que habla mal o del peligro que representa: “racionalizando a veces una animosidad que se basa en otras diferencias, como, por ejemplo, la de la clase social” (Goffman, 2006, p. 15).

La lengua oficial borra estas *marcas*, lo que también conlleva a una forma de pensar, una visión del mundo, también depurada. En esta función de purificación la escuela cumple un rol fundamental. El sistema escolar garantiza el reconocimiento de la lengua oficial y en esta misma acción, desvaloriza los modos de expresión populares, sobre todo la lengua

escrita en oposición a la lengua hablada, considerada inferior o vulgar. La modernidad trajo aparejadas políticas de higienización de sujetos, lenguas y territorios para imponer categorías puras, sin contaminación que permitan un control y vigilancia sobre aquello que está homologado y sin contaminaciones lingüísticas (González Stephan, 2006). La escuela en este aspecto será la institución por antonomasia que purificará e higienizará la lengua a través de la enseñanza de la ortografía y la gramática de cualquier desvío de la norma escrita y, por lo tanto, de la lengua oficial (González Stephan, 2006) que con las normas y manuales de comportamiento complementan la higienización discursiva con la corporal.

De forma consciente o inconsciente, aparecen las estrategias de adaptación de los dominados frente a la incertidumbre, la inseguridad y la sensación de exposición que genera una situación de interacción: quedarse en silencio, retraído, refugiarse en la timidez, corregir una pronunciación, buscar las palabras, un esfuerzo desesperado por la corrección de los aspectos estigmatizados de su pronunciación o de su manera de hablar. Las pautas que ha incorporado un individuo de la sociedad más amplia lo habilitan para mantenerse íntimamente alerta frente a lo que los demás consideran como su defecto: “la vergüenza se convierte en una posibilidad central, que se origina cuando el individuo percibe uno de sus atributos como una posesión impura” (Goffman, 2006, p. 17). Estas operaciones remiten, siempre, a la estructura social, a las condiciones sociales de un grupo o de otro. Los hablantes quedan excluidos de determinados universos sociales y culturales si no tienen el dominio de la lengua legítima de ese campo específico, que siempre dependerá del patrimonio social y cultural del hablante, haciendo visible la distinción de clases sociales.

|5|

Esto funciona como un capital simbólico (Bourdieu, 2008) que producirá beneficios o no dependiendo de las competencias de los hablantes en el manejo de la lengua oficial, y que permitirá tener acceso a mejores puestos de trabajo o les serán negados, tendrán más o menos éxito profesional, serán más o menos reconocidos. Nombrar, elegir una palabra o un modo de decirla, es también crear una realidad, instituir una manera de ver el mundo. El lenguaje estructura el mundo social; al nombrarlo, lo crea, lo categoriza y ahí reside su eficacia simbólica y su poder para actuar sobre lo real (Bourdieu, 2008).

Los límites invitan a mantenerse allí, a guardar las distancias, a mantenerse en su lugar y hacer aquello que se espera que hagan los hablantes, tanto en la forma de hablar, en los acentos, como en la corporalidad, la forma de moverse, de comportarse, en los gustos, en el modo de vestir, en la forma de comer. Mantener esos signos de distinción como llamadas al orden que recuerdan el lugar asignado por la institución. Los límites son también divisiones del mundo social y permiten hacer y deshacer grupos. Una vez impuestos le dan sentido e identidad.

Primera migración del campo al conurbano

Esta historia familiar nace en el campo alrededor de 1930. En un pueblo recóndito del Valle de Traslasierra llamado San José, perteneciente al departamento de San Javier, en la provincia de Córdoba. Es un pueblo muy pequeño, que en la actualidad no tiene más

de 2.800 habitantes. En aquella época debían ser muchos menos. Está lejos de la capital cordobesa, a unos 225 kilómetros.

En ese paraje lejano nacieron Ramón en 1930 e Irma en 1938. Ambos se conocerán muchos años después, en otro escenario. Irma vivía en una estancia con aljibe y acequias, en la que se criaban animales y se cultivaba el suelo. Vivía allí con sus padres y sus hermanos. Habían asistido a la escuela pero sólo hasta tercer grado. Cuando Irma tenía dos años muere su padre. Esta contingencia resulta el primer germen del cambio en el curso de su historia. La segunda es la muerte de su madre a sus 12 años de edad. Ambos acontecimientos producen su forzosa migración, y la de sus hermanos, a Buenos Aires, para buscar otras alternativas de supervivencia económica que se habían roto en esa dinámica familiar sin padres. Para la época este proceso no era ajeno a gran parte de los migrantes del interior que viajaban a Buenos Aires a trabajar en fábricas frente a la falta de alternativas en las economías regionales. Cuando se mudaron, en 1950, ya estaba Juan Domingo Perón en el poder y Evita detentaba el título de abanderada de los humildes.

Esa primera migración se produce no al centro sino a las orillas de la ciudad, al conurbano. A esta zona de la provincia de Buenos Aires también migró Ramón con su familia en un momento diferente ya que tenía unos ocho años más que Irma. Si bien ambos eran oriundos de San José, no se habían conocido antes. Se vieron por primera vez en una reunión familiar a la que ambos asistieron en la localidad de San Martín. Después de ocho años de noviazgo oficializan su matrimonio. Se establecen en una localidad llamada Grand Bourg, un barrio de casas bajas y calles de tierra.

|6|

Rituales familiares con nombre propio

Irma y sus hermanos se desperdigaron en distintas localidades del conurbano. Se establecieron en casas bajas y precarias. Cada uno con los años formó su familia y tuvieron sus propios hijos. Solían visitarse con frecuencia. A menudo eso requería de una logística particular. Varias horas de viaje en tren y colectivo. Los viajes no estaban exentos de una cantidad de bártulos repletos de comida organizada meticulosamente en tupperts, mudas de ropa para los más chicos y abrigos por si refrescaba. Había que empezar muy temprano, y se viajaba al alba para aprovechar todo el día. A las mujeres de la familia no les gustaba andar como “sachacabra” o “echando putas”, es decir, corriendo, rápido y aceleradas.

Ya de visita en esos parajes lo primero que aparecía era una multitud. En esas reuniones había muchas personas: padres, madres, tíos, tías, maridos y esposas, yernos, nueras, primos, hermanos, algún vecino de toda la vida y amigos de la familia con su propia prole. Era un montón de gente. Si hacía calor, los hombres andaban “en cuero” y así también se sentaban en la mesa.

La mesa se ponía con manteles de hule y era larguísima. Las sillas nunca alcanzaban así que se improvisaban con banquitos hechos de cajones de cerveza y tablas de madera. Se armaban mesas aparte para los más chicos. Los platos, vasos y cubiertos nunca pertenecían al mismo juego. Solía haber cuchillos Tramontina, de esos con serruchito que cortaban bien, algunos vasos de plástico de las promociones que se compraban en el

kiosko con la gaseosa. Los platos eran de loza, tablitas de madera y algunos de vidrio, pero nunca se encontraba el juego entero. Todas las familias llevaban los utensilios que usarían en la velada. Las ensaladeras se improvisaban con los mismos tupperes. Las gaseosas nunca eran “de marca” y los vinos del estante de los más económicos o la damajuana.

Si algún niño andaba dando vueltas y hacía un reclamo sobre el que el adulto en cuestión consideraba que no tenía razón, se le respondía y se terminaba la frase con la expresión “andá queré”, no insistas. Si el niño se ponía a llorar era “meco” y si se empacaba es que era “mataco”. A las “chinitas” si se portaban mal se las amenazaba con la penitencia o con darle un “chirlo”. Todos tenían terminantemente prohibido comer frutas calientes de los árboles frutales que había en el fondo.

La comida era un montón, cantidades industriales, exageradas. Se arrancaba temprano, se preparaba la picada antes del almuerzo, se almorzaba, se comía postre y por último, tortas con el mate. Todo casero, hecho por las mujeres de la familia. Los platos se servían a rebalsar. Las mujeres de la casa tenían la creencia de que si se dejaba comida en el plato no había gustado, lo vivían como un desprecio, con dolor e insistían para que se comiera otra porción. Había que comer mucho para no despreciarlas. Había respeto por aquello que costaba, que faltó y que puede faltar. La comida era la estrella de las reuniones.

En esas reuniones las mujeres de la familia hacían “cuma”: tenían conversaciones propias en un círculo cerrado mientras hacían los preparativos para dejar todo listo: compartían recetas; aprovechaban para hablar de los problemas maritales o de algún hijo descarriado; de los vicios de sus maridos; las solteras o separadas, de quien “les arrastraba el ala”. Ellas definían toda la logística del evento. La ley familiar implícita indicaba que la comida se le servía primero a los hombres y se separaban a los niños en otra mesa. Hombres y niños primero, ellas, las mujeres, al final. Ellos, por su parte, se dedicaban a los placeres de las bebidas espirituosas durante todo el tiempo que duraba la bacanal.

Las conversaciones eran todas a la vez, y en un tono muy elevado, a los gritos. Eran todas muy jocosas, había mucha carcajada, también a los gritos. Eran inagotables y sin silencios. Nunca se entendía el principio y el fin de una conversación. Todo se mezclaba. No había forma de seguir un hilo. Era como un sonido continuo en el que se podía ir agarrando en el aire y en sincronía distintas historias. En esas conversaciones aparecía un lenguaje propio, un dialecto. Ese lenguaje formaba parte de la identidad de esta familia y era inseparable de ella.

Casi todas las palabras utilizadas por la familia, que funcionaban como eufemismos, tenían connotaciones sexuales o estaban ligadas a partes del cuerpo non sanctas, palabras prohibidas para el buen decir. Por ejemplo, el verbo “ochar”. Una señorita o mujer grande “anda ochando” cuando intenta seducir a algún muchacho. Significa además que no estaba bien visto o no tenía la aprobación de las mujeres de la familia, menos aún si se practicaba con hombres casados. Asociado a este verbo aparecía la expresión “le pica”. No era justamente que alguien necesitaba rascarse sino que andaba con síntomas de querer tener intimidad con el sexo opuesto. La expresión “andar de nirinis” refería a las chicas jovencitas que se ponían tacos para presumir pero que, en el fondo, no sabían usarlos. Si a las mujeres “les venía” el período se les indicaba que no se podían bañar porque “se les cortaba”, sobre todo si se lavaban la cabeza.

Los genitales y las partes bajas del cuerpo, por supuesto, tenían sus propias definiciones. “Tiento” y “atado” referían al miembro masculino y “tuna” a las partes pudendas femeninas. Si a la vez estaba depilada se decía que estaba “monona”. El diminutivo de tuna, “tunita”, también se usaba cuando un niño varón intentaba inmiscuirse en las conversaciones de las mujeres adultas. Se lo invitaba a retirarse con un rotundo “no seas tunita”.

“Culo” jugaba un rol fundamental en este dialecto. Si bien no es una palabra propia de esta familia, aquí tenía múltiples usos y significados. Casi todo se asocia con el culo: es una especie de oráculo omnisciente. “Andá a saber en qué culo me lo metí”, significaba que un objeto se había perdido. “No sabe ni lavarse el culo”, es decir, una persona muy joven que pretendía tener actitudes de adulto. “Cambiá esa cara de culo” era una orden para dejar de estar de malhumor. La variante “se te salió el culo” o “anda con el culo afuera” eran sinónimos. “Qué culo”, a su vez, refería a una persona que había tenido suerte y si quería aparentar algo que no poseía era porque quería “cagar más alto que lo que le da el culo”.

|8|

Recuperar lo inhibido

En los espacios privados e íntimos de la familia de las clases populares, de los dominados, el mercado lingüístico oficial en el que se unifica el valor del lenguaje encuentra su hendidura. Un pequeño resquicio de liberación en el que se suspenden las leyes del bien decir, de lo correcto. De este lado, están los pares, los que entienden el código de las palabras inventadas que conforman parte de su identidad y de una manera de ver el mundo. Del otro lado, frontera invisible de por medio, hay una vigilancia sigilosa y continua que suele desembocar, para los dominados, en la estrategia del silencio.

Muchas de las palabras pertenecientes a la familia están entre comillas. Destacarlas de ese modo indica que son malas palabras, que tienen un significado especial, que son palabras negadas, excluidas, que se deben leer de un modo diferencial, con cierta licencia, como pidiendo permiso. Esta operación no sería necesaria si fueran palabras legítimas. Este acto no es otra cosa que negar el sentido común. Pero como se preguntaba Michel De Certeau: “¿existe la cultura popular más que en el acto que la suprime? (...) un acto escrito (el nuestro, por ejemplo), una mirada no podría suprimir la historia de una represión, ni pretender seriamente fundar un tipo nuevo de relación” (1999, p. 69). Nombrarlas es un acto de rebeldía, de retorno a lo inhibido, a lo que la cultura legítima negó y ocultó. Arrancarlas a lo indecible y a lo innombrable. Hablar de las palabras es también hablar de estructuras sociales puestas en evidencia en los modos de decir, estructuras de sometimiento de clases y de degradación. Negación de un acceso social a determinados espacios de poder en las categorías y jerarquías establecidas socialmente.

Están ahí, ocultas, entrecomilladas, proscriptas, latentes, ausentes, apartadas. Se han perdido en la forma negada no sólo las palabras sino también la construcción del mundo al que refieren, el de un determinado grupo de las clases populares, su percepción del mundo y su propia identidad. La lengua legítima, la de los dominantes, se mantiene allí reforzando y vigilando el límite entre lo vulgar y lo elevado, lo culto y lo inculto, lo bárbaro y lo civilizado; ocultando e invisibilizando, a su vez, la diferencia en quien la

enuncia: “en la práctica, el énfasis en la diferencia acaba en una relación peculiar: como el ‘otro’ se vuelve más visible culturalmente, el ‘yo’ lo hace correspondientemente menos visible” (Rosaldo, 2000, p. 228). Así lo consideraba también Foucault, cuando planteaba que la visibilidad es una trampa: “el poder disciplinario, se ejerce haciéndose invisible (...) En la disciplina, son los sometidos los que tienen que ser vistos. Su iluminación garantiza el dominio del poder que se ejerce sobre ellos” (2008, p. 232).

Este modo de hablar, este mundo creado, encuentra su sentido dentro de sus propios límites, en términos de Lotman, en esta semiosfera particular: “es el espacio semiótico fuera del cual es imposible la existencia misma de la semiosis (...) Sólo la existencia de tal universo hace realidad el acto signico particular. Su carácter delimitado y homogéneo respecto al espacio extra semiótico que lo rodea” (1996, pp. 11-12). Sin semiosfera el lenguaje no solo no funciona, sino que tampoco existe para esta familia migrante primero del interior a las orillas y luego de barrios pobres a barrios acaudalados.

Segunda migración del conurbano a Barrio Norte

|9|

Hacia 1986, apenas vueltos a la democracia, tiene lugar una segunda migración: un enroque del conurbano a la ciudad. Un movimiento que catapultó a Irma, luego de su separación, directo y sin escalas del impronunciable Grand Bourg al coqueto Barrio Norte de la capital, en el centro de la ciudad, que, junto al barrio de la Recoleta, son elegidos por las clases altas y aristocráticas de la ciudad. Pero no fue un golpe de suerte que la convirtió en una heroína de cuento de hadas, no. Pudo acceder, sí, pero en su lugar: el de una portera de edificio de departamentos para atender a las clases pudientes de la capital.

Mientras Irma desempeñaba sus tareas, formó un vínculo muy cercano con María Rosa Telechea (porque a partir de ahora se nombran así, con su apellido), una vecina octogenaria a quien ayudaba con los quehaceres domésticos y que vivía en el primero del edificio, en un semipiso muy paquete con muebles antiguos, suelo de madera, alfombras, cuadros firmados por sus autores, lámparas de pie y arañas en el techo.

María Rosa era muy conversadora, además de divertida. Se ponía unos vestidos negros, zapatos de tacón de señora grande haciendo juego, un collar de perlas blancas y prendedores antiguos que realzaban la sobriedad de su atuendo. Era rubia, usaba el pelo corto, con un *jopo* que le caía sobre la izquierda que mantenía muy bien peinado. Nunca le faltaba el *rouge* rojo carmín y algún detalle muy sobrio en los ojos.

En su casa había un ritual: todos los sábados por la tarde organizaba un té con sus amigas, aproximadamente diez mujeres de la alta sociedad. Las invitadas eran señoras muy elegantes con apellidos dobles e importantes. Usaban faldas por debajo de la rodilla, zapatos de tacón, colores neutros, tapados de piel, perlas, aros y relojes que les daban mucha feminidad. Se notaba que todas habían ido a la peluquería porque estaban recién peinadas, el color de pelo perfecto y muy bien maquilladas. Impecables. Lo estético y la clase en el vestir era una característica importante en este grupo así como sus modales; estar siempre arregladas y distinguidas.

Irma preparaba todo: el juego de té, las fuentes de plata, disponía las sillas alrededor de la mesa redonda, organizaba los sandwiches de miga, los tostados, las masitas dulces. Su

función era supervisar que no les faltara nada en la mesa, reponer cada tanto los sandwiches, las masitas o volver a cargar la tetera. Solía estar ahí en silencio. Observaba toda la escena y escuchaba muy atentamente todas las conversaciones, los modales, la forma de hablar, el modo en el que agarraban los cubiertos, las palabras que usaban, los tonos de voz.

En las conversaciones se evitaban los modismos y el lenguaje coloquial. Se dirigían al otro siempre con cortesía, utilizando un ritmo pausado y bien articulado, con sofisticación pero por sobre todas las cosas evitando las palabras vulgares y las groserías. En estos ámbitos había un extremo cuidado por las formas, por la discreción, por el decoro, por la apariencia y por la formalidad.

Los temas de los que hablaban eran muy variados: cultura, política, arte, música, literatura, viajes, negocios, pintura, proyectos, fundaciones, eventos sociales del Teatro Colón, mezclados con anécdotas personales y temas cotidianos. Cuando el encuentro finalizaba, los maridos pasaban a buscar a sus esposas. Recuerdo verlos en alguna ocasión vestidos de smoking porque iban directo a una velada importante.

|10|

El habla como distinción social

Mientras ocurrían estos eventos familiares y la hora del té en casa de María Rosa, el mundo exterior, lo social, ingresaba a este pequeño universo a través de la escuela. Había en toda escritura, en el uso de las palabras, en la elección de los modos de decirlos, en el habla, incluso en los silencios, un componente social, de clase, en donde también circula el poder, donde hay dominantes y dominados, donde se crean realidades con límites claros, invisibles, difíciles de sortear y aún si se logra quedan las huellas del origen de la pertenencia.

El habla, la elección en los modos de utilizar el lenguaje, es una herramienta de distinción en los grupos sociales. Es un modo de identificación y de construcción de barreras invisibles. La oralidad familiar no puede salir de ese círculo. En la interacción con otros sectores sociales debe quedar solapada frente a la corrección que requieren las “buenas costumbres”. Las señoras paquetas de la Recoleta utilizaban todo su arsenal de palabras, el modo de pronunciarlas, los tonos y la voz baja para distinguirse de otros grupos sociales en la escala más baja de la sociedad. Ingresar a esos círculos es para pocos si no se tiene doble apellido o un linaje aristocrático; allí los “nuevos ricos” son mala palabra.

Lo que sucedía en estos encuentros era la expresión del *habitus* (Bourdieu, 2008) de la clase a la que pertenecían María Rosa y sus amigas, el lugar que ocupan en las categorías y jerarquías sociales, con la soltura, naturalidad y tranquilidad que le daba el manejo de sus códigos lingüísticos legítimos, marcando una distancia, no cediendo al lenguaje vulgar, moviéndose con facilidad, desenvueltas y sin esfuerzos como parte de su estrategia de distinción. Si una palabra se hacía conocida por las clases populares, automáticamente la dejaban de usar: jorobado en lugar de complicado, la consciencia de mi abuela Catalina en lugar del insulto, bañera por bañadera, coche en lugar de auto, colorado en vez de rojo, cuarto en lugar de pieza. En este aspecto las palabras tienen una función discriminatoria, se orientan a marcar la diferencia con los modos de hablar de las

clases populares. Del mismo modo ocurre con la forma de vestir y de comer. En estos encuentros la forma de presentación de la comida era importante: bocados pequeños en juegos de porcelana y bandejas de plata, porta tostadas, cubiertos adecuados para cada tipo de alimento. Toda la escena era una gran obra de distinción.

Esto se puede evidenciar también en su relación con el cuerpo, lo que Bourdieu llama la *hexis corporal* (Bourdieu, 2008). Todo el cuerpo acompaña estas estrategias a través de su postura, incluso su parte fonológica que está asociada al lenguaje, en donde es particularmente importante la pronunciación de clase, el uso de la boca no solo para pronunciar las palabras sino también para la forma de comer, de beber, de reír, etc. Todo se inscribe en el cuerpo, un estilo de vida hecho cuerpo en el que se expresa toda la dimensión de lo social.

Oralidad en el Estado Nación

El Estado impone una lengua oficial en los límites territoriales de una nación. Así es considerada por los hablantes como la lengua legítima. Todas las prácticas lingüísticas de regionalismos o grupos sociales particulares deben someterse a ella en situaciones de interacción. La construcción, por parte del Estado, de una comunidad lingüística unificada crea identidades e identificaciones, construye límites y fronteras, y, a su vez, es producto de la dominación política de una clase sobre otra. La nacionalidad, al igual que el nacionalismo, son artefactos culturales de una clase particular. Esta comunidad imaginada (Anderson, 2006), que crea el Estado con la lengua legítima se construye sobre la corrección en la forma dentro de los límites del Estado Nación, pero en su seno contiene desigualdades y heterogeneidades a pesar de su presunción esencialista y ahistórica.

Dentro de esta comunidad lingüística creada por el Estado que se pretende homogénea (y esta es la fuerza de su rol de organizador de la heterogeneidad social interna), ocurren disputas y conflictos, es decir, la institución de lenguajes específicos para hacer referencia a la diferencia y a la desigualdad (Grimson, 2001). Oculta las diferencias entre clases o grupos sociales que hacen uso del lenguaje. Deja de lado su condición histórica, sin considerar que tienen sentido en la práctica, en situaciones de interacción y que esto, siempre, es motivo de disputa.

La escritura es el ejercicio decisivo de la práctica civilizatoria sobre la cual descansa el poder de la domesticación de la barbarie y la dulcificación de las costumbres. Debajo de la letra se replegarán las pasiones y se contendrá la violencia. De este modo se cumple el efecto de esta “comunidad imaginada” que se imagina semejante a partir del circuito que establece la cultura impresa y que finge desconocer las contradicciones y el carácter pluricultural del grupo (González Stephan, 2006).

No hay uniformidad en el habla ya que cada experiencia práctica de la interacción es vivida y procesada de modos diversos por distintas clases sociales, regiones, pueblos, grupos etarios, étnicos, hombres y mujeres. La legitimación de una lengua oficial, común a una nación, pone en juego estas relaciones de poder, las disputas entre clases y el ocultamiento de los particularismos que no son otra cosa que marcas de identidad silenciadas, negadas.

[11]

En Argentina las identidades políticas que se derivan de una fractura inicial entre capital-puerto y provincia-interior, son las que prevalecen hasta hoy y que derivan en lealtades políticas en torno a partidos políticos, posturas intelectuales y hasta maneras de hablar y comportarse, constituyéndose en verdaderas culturas (Segato, 2007). A finales del siglo XIX, el proyecto modernizador del Estado fue acompañado por políticas de aniquilamiento de los pueblos indígenas. Como consecuencia de la llamada “Campaña del Desierto” se prohibió el uso de los dialectos como el quechua y el guaraní.

A comienzos del siglo, con la llegada de las oleadas migratorias europeas, era necesario borrar las marcas y el acento de ciudadanos extranjeros para construir un ciudadano neutro. De este modo se construyó una “nacionalidad ficticia”, fabricada. El Estado nacional presionó para que la nación se comportara como una unidad étnica, dotada de una cultura singular propia homogénea y reconocible, que orientó la acción de las instituciones estatales, particularmente la escuela y la salud pública (Segato, 2007).

La imposición de una estructura normadora de la lengua erradicaría no sólo los “hábitos viciosos”, “defectos” y “barbarismos groseros”, de “las gentes de poca instrucción”, sino también impediría la proliferación de “multitud de dialectos irregulares, licenciosos y bárbaros” en el continente hispanoamericano (González Stephan, 2006).

|12|

El habla en los discursos políticos

A lo largo de la historia, gobiernos de distintas facciones han definido a sus adversarios, a sus seguidores y a sí mismos con la elección de palabras específicas que fueron construyendo realidades de las más diversas. Hemos visto, por ejemplo, cómo se ha transformado la apelación al pueblo, a los ciudadanos, a los vecinos o a la gente de bien según qué partido político ocupe los espacios de poder. Cómo se ha construido a lo largo de la historia la personificación del otro, una historia que, con diferentes motes, zanja la realidad argentina desde el inicio de los tiempos.

¡Viva la libertad, carajo! Esta arenga se hizo famosa bajo la presidencia de Javier Milei, que comenzó el 10 de diciembre de 2023. Es habitual que la utilice al cierre de sus discursos políticos y toda vez que aparezca en la escena pública. Lo primero que aparece allí es una “mala” palabra. Casi premonitoriamente este sello avizoraba el lenguaje obsceno, vulgar, y violento que nunca antes se había institucionalizado de esta forma en la figura de un presidente de la Nación.

Con el presidente en ejercicio las fronteras se han corrido y permiten el uso de este modo de hablar. De la esfera de lo privado, de lo íntimo, de aquel acervo familiar de las clases populares se traslada a la esfera de lo público en la vida política argentina. Al haberse desplazado de una esfera a la otra se ha institucionalizado, hecho que habilita y valida su utilización por parte de los ciudadanos comunes.

El insulto como distinción política

El insulto tiene un gran poder performativo: hace existir lo que enuncia. Las palabras crean realidades, las hacen existir. El poder performativo de las palabras, especialmente

en el discurso político, modifica la realidad al modificar la representación de la realidad con el uso de las palabras (Bourdieu, 2008). El presidente Javier Milei utiliza insultos en sus discursos. Con él, el insulto cotidiano se ha convertido en un hábito y está dirigido a la conformación de la figura de un otro que contiene un germen violento en la elección de los calificativos que los describen: mentirosos, nefastos, degenerados, “kukas”, ratas, delirantes, orkos, mandriles, mafiosos, bestias, terroristas, asesinos, enfermos mentales e idiotas, son algunos ejemplos de los más variados que se encuentran cotidianamente en sus expresiones públicas con las que construye la figura de sus adversarios políticos y enemigos.

En este aspecto, Milei porta un signo de autenticidad. Insultaba antes de ser elegido presidente, mientras paseaba con frecuencia por los programas televisivos como un outsider de la política. No ha traicionado su origen, lo cual puede representar una valoración positiva aunque el hecho de haber sido elegido para la función pública puede rebatir este argumento. De cualquier manera, la corrección política en este punto sería una traición a ese signo de autenticidad que lo ha caracterizado en tiempos de campaña electoral.

|13|

Es conocido el hecho de que el actual presidente hizo su campaña política con muy pocos recursos. El más valioso fue la utilización de las redes sociales. Particularmente la red social X. Este acontecimiento constituye una ruptura frente a las prácticas tradicionales de la política y la comunicación e inaugura un nuevo tipo de representación que imita el lenguaje virulento de las redes sociales y la lógica de la horizontalidad donde no hay asimetrías ni jerarquías entre el presidente y los ciudadanos.

Los insultos también representan un signo de distinción frente a la clase política tradicional o a hacia “la casta”. Sus enemigos mienten, roban, son ignorantes, idiotas, sucios, lacras, putos, degenerados, entre muchos otros adjetivos que repite diariamente en sus discursos, en medios de comunicación y redes sociales. En este punto, los insultos distancian a Milei de sus enemigos políticos. Con este tipo de enunciación logró capitalizar el sentimiento de hartazgo y resentimiento social acumulado en sus votantes. Constituye también una estrategia política que le ha brindado el acceso a la escena política nacional. Utilizar este lenguaje también le ha permitido al presidente una exitosa campaña de propaganda política.

Milei autoriza lo que designa al expresarlo, obteniendo la legitimidad del grupo sobre el que la ejerce. El discurso político, tiene como objetivo producir representaciones del mundo social, es decir, hacer y deshacer grupos sociales al producir, reproducir o destruir esas representaciones. Así establece un orden que permanece producto de estas clasificaciones. Crea una nueva forma de ver el mundo, una nueva representación. Esta “subversión herética” (Bourdieu, 2008) que quiere cambiar el mundo con una nueva utopía, programa o proyecto político con este cambio de representación se convierte en un enunciado performativo.

El componente sexual de los insultos

Los discursos del presidente Javier Milei están plagados del uso de metáforas sexuales para explicar temas de política y de economía. Al igual que en el lenguaje familiar, aparecen las partes bajas del cuerpo, el culo, la sexualidad, la homosexualidad, la penetración, prostitución y pedofilia entre otras manifestaciones similares. Como en lo familiar, estos discursos se gritan, se vociferan, se escriben en mayúsculas, pero además portan marcas del goce de la crueldad, una satisfacción en la producción del dolor.

El presidente, frente a las cámaras de la televisión abierta, apela a temáticas sexuales y particularmente homosexuales toda vez que necesita explicar temas de política o de economía, viendo con quien se mete en la cama cada movimiento político o vociferando a viva voz: “*con el culo ajeno somos todos putos*”, un eufemismo que refiere al rol del Estado en la sociedad.

Los discursos del presidente Javier Milei crean una realidad basada en la asociación del poder al falocentrismo, del hombre viril, el macho, la figura de poder que penetra a quien es penetrado de un modo literal, sin metáforas ni artificios, escrito y dicho de puño y letra por el propio presidente. El insulto homosexual, muy presente en sus discursos, constituye una conducta agresiva en la que se erigen fronteras con la intención de aplastar identidades opuestas no sin antes ridiculizarlas como objeto de burla para generar vergüenza en quienes sean portadores de estas categorías sociales. Pareciera haber un plan de restitución de una sociedad heterosexual que provee una ilusión de orden en ciertos sectores de la sociedad, volver a ordenar algo que estaba desordenado, inhabilitando excesos, derrames, derivas de nuestra subjetividad, de nuestra identidad, es decir, formas de existencia que se van amputando.

|14|

Palabras finales

Queremos recuperar las palabras negadas, prohibidas, apartadas y marginadas de la lengua legítima. Una recuperación de la oralidad, del habla, como expresión de identidad en las culturas populares y visibilizar las operaciones que subyacen a esa estigmatización.

Marginar o estigmatizar expresiones, estilos, formas de hablar, modismos y palabras utilizadas por diversos grupos sociales implica la construcción de fronteras invisibles, “mágicas”, que dejan, de un lado, identidades que se construyen a través del lenguaje y del otro a quienes dominan la lengua oficial. Ese dominio siempre dependerá de las condiciones sociales de existencia de los hablantes, es decir, de la clase social a la que pertenecen.

Esta operación tiene consecuencias tangibles en el acceso que estos grupos sociales tienen a determinados campos como el laboral, el profesional, la educación, etc. que les serán otorgados o no dependiendo de cómo los hablantes juegan su capital simbólico en los diferentes mercados lingüísticos. También tiene consecuencias en la identidad de los grupos sociales, como los migrantes del interior, que se ven obligados a ocultar sus marcas en el estilo de hablar aunque formen parte de su acervo cultural y familiar. Por ello, en situaciones de interacción con otros grupos, consciente o inconscientemente, realizan estrategias de adaptación para ocultar sus huellas de origen.

Las clases altas por su parte gozan del privilegio del dominio de lo legítimo, con la soltura y la serenidad que le otorga su posición social. Toda su corporalidad así lo muestra en su comportamiento formal en público, en la dicción, en el modo de vestirse, de comer y de hablar. Ocultando la operación de dominación haciendo visible al “otro” y enfocando las luces sobre él.

En Argentina fue posible instituir estas prácticas con el proyecto modernizador del Estado y sus instituciones (fundamentalmente la escuela). Bajo la intención homogeneizadora de la palabra el Estado invisibiliza las disputas y conflictos internos que una “comunidad imaginada” conlleva, toda vez que responda a los intereses de una clase en particular. Asociar la “suciedad” o lo “bárbaro” a “los otros” implicó, en este aspecto, la asepsia de la palabra para limpiarla de regionalismos, identidades y construir la figura de un ciudadano neutro con una visión del mundo también depurada.

En los discursos políticos actuales, bajo la presidencia de Javier Milei, pareciera haber un retorno a esas palabras prohibidas propias de la oralidad de las culturas populares pero utilizadas como insulto con características violentas y no como rasgo positivo o festivo constitutivo de la identidad. El insulto sirve para construir la figura de los enemigos, de los “otros” para seguir construyendo muros y nuevas fronteras sobre lo conocido: el apoyo de las clases altas, aquellas que se distinguen de estas prácticas y que las persiguieron (y persiguen). Sirve, como antes y como siempre, para denostar identidades (de género, las mujeres, la comunidad homosexual). Esta nueva retórica del insulto, los agravios, los gritos, la violencia y la humillación se cimenta en viejas estructuras sociales, muy lejos de recuperar identidades y arrancarlas de lo indecible pero que permiten visibilizar más descarnadamente las estrategias que ocultan.

|15|

Referencias Bibliográficas

- Anderson, B. (2006). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Bajtín, M. (1987). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Alianza.
- Bourdieu, P. (2008). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Ediciones Akal.
- Briones, C. (1998). *La alteridad del “Cuarto Mundo”. Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Ediciones del Sol.
- De Certeau, M. (1999). *La cultura en plural*. Ediciones Nueva Visión.
- Foucault, M. (2008). *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.
- Grimson, A. (2001). *Interculturalidad y comunicación*. Grupo Editorial Norma.
- Goffman, E. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu.
- González Stephan, B. (1996). Economías fundacionales. Diseño del cuerpo ciudadano. En B. González Stephan (Ed.), *Cultura y tercer mundo. 2. Nuevas identidades y ciudadanías* (17-47). Editorial Nueva Sociedad.
- Lotman, I. (1996). *La Semiósfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. Cátedra.
- Rosaldo, R. (2000). *Cultura y verdad. La reconstrucción del análisis social*. Abya-Yala.
- Segato, R. (2007). *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*. Prometeo.
- Voloshinov, V. (2009). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Ediciones Godot.